



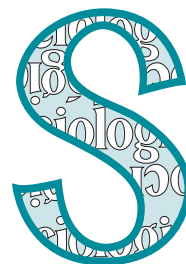
Sociológica, año 15, número 42, pp. 115-142
Enero-abril de 2000

Conexiones urbanas: cultura, metrópolis, globalización

*Eduardo Nivón Bolán**

RESUMEN

Las ciudades, más que lugares, son procesos de intercambio de bienes, servicios y mensajes. En la moderna configuración cultural estos procesos de intercambio son fruto de continuas negociaciones en las que intervienen sujetos, colectividades, gobiernos y medios. A las tensiones derivadas de estas situaciones las denomino en este artículo *conexiones urbanas*, las cuales se pueden expresar de dos formas básicas: las derivadas de los distintos modelos de ciudad que se superponen en el espacio metropolitano actual y las que son resultado de la confrontación entre lo público y lo privado. Las conexiones urbanas surgen del contacto de lo local con lo global y de lo central con lo periférico. En la resolución de estas contradicciones se diseña una conformación de la cultura que debe ser gestionada a partir del criterio de la multiculturalidad.



* Profesor investigador del Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa. Correo electrónico <nivon@xanum.uam.mx>.



SEÑALAR que el mundo moderno es un mundo urbano no es novedoso, ni tampoco que el subcontinente latinoamericano es la región con el más alto índice de urbanización del planeta. Tampoco lo es que, según las Naciones Unidas, de las trece ciudades más grandes del mundo (10 millones de habitantes o más) cuatro correspondan a América Latina, dos a los Estados Unidos, dos a Japón y cinco al resto a Asia (cit. en Borja y Castells, 1997: 51). Tal vez lo más notable en los estudios urbanos actuales sea la consideración del fenómeno urbano como un espacio de complejidad en el que las categorías tradicionales para su estudio han sido desbordadas por la realidad. Algunos de los temas actuales de reflexión a que ha dado lugar esta situación son los siguientes.

En primer lugar la distinción entre el mundo urbano y el no urbano se ha desdibujado rápidamente. Las referencias a un mundo rural, cohesionado y de escasa diferenciación social no son suficientes para distinguir lo urbano de lo no urbano, tanto más que la difusión de las ciudades sobre el territorio a través de discontinuidades entrelazadas por vías de comunicación terrestres e informáticas, ha permitido la adopción de formas de vida semejantes a la vieja ruralidad, y sin embargo perfectamente integradas a los sectores más dinámicos del desarrollo de las metrópolis.

Otro fenómeno es la notable variedad de las condiciones urbanas modernas. En nuestro país por ejemplo, más del veinticinco por ciento de la población desarrolla su vida en cuatro grandes ciudades constituidas todas éstas por conurbaciones periféricas crecientes. Guadalajara es el caso de un área urbana que de contar con 20 kilómetros cuadrados en 1940 llegó a 300 en 1988, y en donde al principio de



la década de los ochenta un poco más del 43% de la población de su zona metropolitana vivía fuera del municipio central (ver García y Rodríguez, 1995). Monterrey, por su parte, contaba con poco más de 2,963 millones habitantes en su zona metropolitana en 1995 y en sus 7 municipios conurbados vivía el 63 por ciento de su población. La Ciudad de México, a su vez, tenía el 49 por ciento de su población en los municipios conurbados del estado de México en 1995 y su peso demográfico no parece disminuir. A la larga tendremos que admitir que la expresión mayoritaria de la experiencia metropolitana en nuestro país se desarrollará en sus periferias y no en las ciudades centrales, y que éstas incluso han comenzado a decrecer.

Así la experiencia urbana moderna es discontinua y diferenciada. Hace referencia a condiciones sociales y económicas muy distintas y envuelve el misterio de múltiples transformaciones en el rol de los habitantes que en cosa de minutos pasan de ser vecinos de una colonia o fraccionamiento, a tributarios de un municipio, asalariados de una empresa transnacional y consumidores de productos locales, nacionales o mundiales para satisfacer sus necesidades vitales y culturales.

¿Si la experiencia cultural de la vida urbana es tan variada, habría algún enlace que le pudiera dar coherencia y permitir su estudio y análisis? El presente ensayo busca pensar la ciudad moderna como un nodo de diferentes corrientes de la vida social que se conectan en ella. Estas *conexiones urbanas* son expresión de lo que en antropología se han llamado *zonas de contacto*, es decir, el espacio de enfrentamiento con el *Otro* de donde surgen diversas identidades colectivas. Claudio Lomnitz (1999) ha intentado recientemente dibujar una cierta *geografía* de las zonas de contacto en el espacio nacional proponiendo tres tipos: 1) el comercio internacional y la cultura material importada; 2) las zonas de contacto creadas por la tensión entre modernidad y tradición y 3) el desorden de la modernización. En un orden discursivo semejante, considero que es posible pensar la ciudad contemporánea como el entrecruzamiento de dos tendencias básicas: la primera es la confrontación entre el orden local —sustento de identidades primordiales de mayor duración temporal— y el orden global —más fugaz pero estrechamente ligado al desarrollo de lo masivo y lo mercantil—. La segunda es otra cara de este mismo proceso: la ciudad como espacio de contacto de múltiples culturas marcadas por su desigual relación con el espacio público. Estos dos procesos dan lugar a pensar la ciudad no como un lugar sino como un proceso donde la



multiplicidad cultural, lo metropolitano como tensión entre el centro¹ y la periferia y la globalidad expresada como intervención en lo local promueven una nueva fisonomía del panorama urbano finisecular.

En este trabajo trataré en primer término del panorama urbano moderno y de sus diversas manifestaciones y contradicciones culturales que le dan sentido. Me detendré luego en discutir lo que podrían ser algunos de los ejes del análisis cultural para terminar con una discusión sobre las consecuencias sociales y políticas de la conformación cultural de las ciudades en la actualidad.

LA CIUDAD HOY

La ciudad en el mundo y en particular en el contexto latinoamericano nos emplaza a pensarla atendiendo a sus múltiples formas y transformaciones y a sus discontinuidades y supervivencias. Hoy podemos reconocer en ella al menos cuatro niveles que atienden a su historia, su forma física y sus funciones locales, nacionales o mundiales: éstas son la ciudad central o interior, la ciudad metropolitana, la ciudad región y la ciudad global. La convivencia de estos órdenes urbanos no impide señalar la dificultad de la integración. La ciudad actual es más bien un territorio de fragmentación en que la producción económica, la cohesión social, la innovación cultural y la infraestructura de comunicaciones, con frecuencia conspiran contra la integración de la vida urbana.

LA CIUDAD CENTRAL O CIUDAD INTERIOR

Corresponde por lo común al municipio o circunscripción administrativa que le dio origen, como los municipios de Guadalajara, Monterrey o la antigua Ciudad de México. Luego de profundas transformaciones, los centros urbanos viven en la actualidad fuertes presiones para re-

¹ La noción de centro es considerada en este texto de dos maneras: una se refiere a la centralidad geográfica o territorial. En este sentido se opone a la de periferia o margen urbano. La segunda noción refiere a la centralidad como metáfora de dominación. Ambos procesos, el territorial y el político, deben ser diferenciados aunque con frecuencia se superponen, dando lugar a una consideración simbólica del centro como expresión de lo público y a la periferia como expresión de lo privado.



definir sus funciones centrales en favor de las actividades terciarias superiores y de ese modo renovar sus condiciones de localización y su prestigio simbólico. Sin embargo no están exentos de contradicciones; la primera de éstas deriva de su polivalencia. El centro histórico de la Ciudad de México, por ejemplo, es básicamente un espacio comercial con zonas que a principios de la década presentaba una densidad de hasta 240 establecimientos comerciales por hectárea y otras de uso comercial menos intenso (Monnet, 1995: 63), pero tampoco había dejado de ostentar actividades industriales, pues albergaba, a principios de esta década, 5 mil fábricas o talleres que empleaban a 70 mil personas orientadas la mayoría a las ramas de la confección y el calzado (ídem: 73). El sector de la construcción era pujante en la zona de negocios y la actividad bancaria e inmobiliaria, muy dinámica. El resto de los empleos se fraccionaban en múltiples expresiones industriales, comerciales y de servicios que dan cuenta de las cien o más actividades que hoy pueden existir en el centro. Los precios del suelo en las zonas centrales se han disparado por lo menos en aquéllas que realizan operaciones de renovación urbana y cualificación del entorno, aunque también existen tensiones territoriales y disfunciones que cuestionan radicalmente la capacidad operativa de los centros urbanos. Esto último se debe a la mezcla de zonas de alto valor económico y simbólico con otras de pobreza y decaimiento de la vida urbana, dando lugar a zonas inseguras, de notable contaminación física y riesgo de las estructuras arquitectónicas, además de los problemas de acceso y tránsito.

La fortaleza de la centralidad se ha puesto a prueba con el desarrollo de la metropolización. En casi todo el mundo los centros urbanos han visto declinar el volumen de su población, a veces en forma dramática, lo que ha supuesto que se pongan en operación procesos de revaloración de las zonas centrales para hacerlas atractivas a las clases medias. Peter Ward (1993) no cree posible que estas políticas puedan repetirse con facilidad en América Latina por la ausencia de políticas públicas adecuadas pero, no obstante ello, la declinación de las ciudades centrales no necesariamente es una sentencia definitiva.²

² Gobiernos de las grandes metrópolis en todo el mundo han emprendido ambiciosos programas de regeneración urbana que han dado lugar a una elevación de los precios del suelo, sin mejorar en mucho las condiciones de vida de los habitantes tradicionales. El programa fallido



La marca definitiva de la ciudad central está dada por su capacidad para producir y sostener su valor simbólico. Éste es el que da a toda un área metropolitana un sello que la hace atractiva, incluso para sus habitantes periféricos. La centralidad es un proceso consistente en la producción de imágenes hegemónicas que intentan la representación del conjunto urbano. Se observa en la postulación de signos o iconos que buscan referirse al todo metropolitano, pero también en la búsqueda de centralidades políticas o culturales que la hagan atractiva para poblaciones internas o externas a las ciudades.

LA CIUDAD METROPOLITANA

Éste es un fenómeno que se refiere al crecimiento urbano periférico en un tejido históricamente urbanizado y políticamente diferenciado. Su origen es variado. Inicialmente se debió a los requerimientos territoriales de las grandes industrias y de habitación de la clase obrera, pero fue también una muestra del rechazo a los problemas ambientales y sociales presentes en los centros urbanos por parte de las clases acomodadas. Los resultados fueron periferias industriales con graves problemas de polución, zonas habitacionales para la clase obrera en condiciones de urbanización precaria, especulación del suelo y suburbios alejados y con problemas de transporte, además de poblaciones históricamente autónomas absorbidas por la veloz urbanización. La extensión territorial de las ciudades centrales representó el primer gran reto de las metrópolis en la búsqueda de dar coherencia a sus actuaciones urbanas para evitar que su rápido éxito se convirtiera también en súbita obsolescencia.

El crecimiento metropolitano ha dado lugar a la constitución de *nuevas centralidades*. Algunas de ellas, como resultado de la imitación de la centralidad dominante, reprodujeron en los distritos periféricos la hegemonía de un espacio geográfico sobre su entorno. Pero otras se han derivado de la competencia que áreas de creciente potencial económico o social ejercen sobre los centros antiguos para estructu-

de renovación de la zona sur de la Alameda de la Ciudad de México hubiera tenido un sentido semejante, aunque resultaba insuficiente una sola acción para hacer atractiva a los grandes capitales inmobiliarios la zona central, a menos que se resolvieran otros problemas como su coherente articulación con la periferia inmediata, la inseguridad, el ambulante, etcétera.



rarse como polos metropolitanos de desarrollo. La formación de centralidades requiere de actuaciones fuertes tanto públicas como privadas. La capacidad discrecional que las autoridades urbanas en la capital de la República ejercieron para la conformación de algunas de las Zonas de Desarrollo Controlado (ZEDEC) son una expresión del interés por la constitución de nuevas centralidades, pero no es suficiente la sola intervención pública. Empresas y agentes inmobiliarios han participado también en la formación de áreas con funciones centrales. La formación de nuevas centralidades supone un intento de racionalizar el crecimiento y hacer más eficiente la administración y los servicios urbanos, pero han jugado en la actualidad con un desgaste grave del dominio público que ha hecho del proceso una expresión de las contradicciones de la sociedad neoliberal.

Por otra parte, el crecimiento metropolitano ha dado lugar a la dilución de los límites urbanos originando periferias deficitarias de equipamiento o en franca marginación, en las cuales la ciudadanía plena como sistema de derechos y calidad de vida —aquello que expresa a cabalidad el *derecho a la ciudad*—, no ha llegado a la mayoría de sus habitantes. Se une a este panorama la fragmentación política, mal equilibrada a veces por la prepotencia de la ciudad central. En consecuencia, los procesos metropolitanos se realizan con frecuencia sin dirección o gobierno, cuando no se estancan o se vuelven injustos. La falta de un gobierno representativo de la metrópolis real, capaz de programar, coordinar y ejecutar grandes proyectos o administrar y gestionar servicios, envuelve el riesgo de afectar la legitimidad de las autoridades locales de los diversos fragmentos de metrópolis, afectando con ello el desarrollo de la democracia.

La ciudad central ampara su legitimidad en la fuerza de su desarrollo histórico-territorial, en tanto que la ciudad metrópolis lo hace en la eficiencia de sus funciones, pero ambas constituyen un proyecto que supone la máxima legitimidad de sus autoridades locales y, de ser posible, la innovación de sus instituciones democráticas.

LA CIUDAD-REGIÓN

Hace referencia al sistema de ciudades visualizadas como proyecto de futuro. La ciudad-región es portadora de un verdadero sistema de ciudades en el que al lado de una ciudad central existen otras ciudades



dotadas de fuerte personalidad histórica y elementos propios de centralidad urbana. Es una ciudad discontinua, ya que la regionalización de las funciones urbanas permite la existencia de áreas funcionales fuertemente interrelacionadas, en cuyo interior se mantienen espacios vacíos significativos: agrícolas, forestales, de reserva urbana o de baja intensidad de ocupación. Aunque su análisis no es nuevo, las ciudades-región han escapado relativamente al estudio dominante de los procesos urbanos, tal vez por los problemas técnicos y teóricos que supone.³ Uno de éstos, desde el punto de vista de la cultura, es la disolución radical de la oposición ciudad-campo y con ello de las variables que comúnmente han servido para el examen de la cultura urbana: densidad, heterogeneidad, anonimato, etcétera.

La ciudad-región, por otra parte, se ha convertido en el área real de planeamiento, de definición de grandes proyectos y de gestión de servicios básicos, fundamentalmente de transporte. No requiere de un gobierno administrativo único, pero sí de una fuerte coordinación entre administraciones públicas que permita acuerdos estables entre municipios y administraciones regionales y centrales.

LA CIUDAD MUNDIAL

Da cuenta de la conformación actual de las relaciones económicas y culturales que han dado por resultado la conformación de centros de control o de nodos de comunicación e intercambio de los principales agentes transnacionales. Las ciudades mundiales interactúan tanto en el nivel local como en el global y al menos suponen, según el antropólogo sueco Ulf Hannerz, el despliegue de cuatro categorías de agentes sociales. Estas categorías ejercen sus actividades en estas ciudades mundiales, pero su presencia física no es necesariamente permanente ni mucho menos exclusiva, y aunque no son los habitantes únicos de las ciudades mundiales, sí son quienes buscan ejercer la mayor influencia o se convierten en un símbolo inequívoco de su nueva configuración.

La primera categoría es la de las empresas transnacionales que ejercen funciones de gestión y dirección, banca y finanzas, servicios jurídicos, transportes, investigación, consultoría técnica y estudios

³ En México contamos con los trabajos de Jorge Serrano (1996) y Javier Delgado (1998) como los más representativos.



superiores. Todos estos factores constituyen lo que el geógrafo brasileño Milton Santos ha llamado el medio técnico-científico-informacional para diferenciarlo del medio industrial de las ciudades locales (Santos, 1996: 133). En la nueva lógica de localización, las ciudades mundiales contienen las funciones de dirección y de investigación y desarrollo, descentralizando las de distribución, ventas y servicios de acuerdo con los requerimientos de mano de obra y la atención a los usuarios (ver Borja y Castells, 1997: 44ss). Los individuos que desempeñan estas funciones son personas con un alto nivel de estudios, profesionales altamente calificados, que se desplazan continuamente y que representan al sector de población más sobresaliente económicamente.

La segunda categoría transnacional en las ciudades mundiales la compone el conjunto de habitantes procedentes de otros contextos culturales, en forma notable los del Tercer Mundo. Casi un cuarto de la población de Vancouver es de origen chino y se dice de la ciudad de Los Ángeles que constituye la primera concentración de metropolitana de mexicanos fuera de México, como Nueva York lo es con respecto a la población caribeña. Los inmigrantes tienen diferentes condiciones sociodemográficas, pero predomina la población de escasos ingresos y baja calificación y su presencia, aunque no amenazante para la viabilidad de tales ciudades, les otorga a esas ciudades un componente “tercermundista” como lo hace ver Hannerz (1996: 210) o de “ciudad dual” como denominan Mollenkopf y Castells (1991) a la ciudad de Nueva York. Michael Kearney, más dramáticamente, llama al fenómeno de la transferencia de población de los países pobres y a la expresión de algunos de sus problemas sociales una *implosión* del Tercer Mundo en las metrópolis.

Un número más reducido de personas compondría la tercera categoría y serían las personas que en sentido estricto se ocupan de la cultura. El mundo artístico de París sería el ejemplo clásico, pero incluso una ciudad tan antiintelectual como Los Ángeles —pese a ser la sede del complejo cinematográfico mundial— podría ser otro caso, esta vez sostenido por la elite de la ingeniería aeronáutica-militar (Davis, 1992: 17-24). La importancia cultural de las ciudades mundiales las hace ser meta de jóvenes en busca de formación y de artistas y turistas movilizados por las avanzadas del arte y la cultura. Estos últimos son quienes componen la cuarta categoría cuya presencia es numerosa y se hace sentir notablemente en las grandes ciudades.



Las cuatro categorías de personas suponen ante todo movilidad y su importancia crece día con día, gracias a los cambios recientes en la tecnología y el costo de los transportes. Pero además de la movilización física de personas, la cultura o mejor dicho los bienes culturales, vistos como productos simbólicos y económicos al mismo tiempo, se transportan de modo que las ciudades mundiales no son únicamente centros de atracción de población a escala planetaria, sino también lugares de irradiación de novedades culturales, a veces incluso procedentes de regiones del mundo muy alejadas de ellas. Como lo ha demostrado el caso de la industria musical, el éxito de un género local está mediado por su acceso a las grandes zonas urbanas de donde se difunda a escala planetaria.

No hay que decir que estos cuatro modelos de ciudad no constituyen modelos que se excluyan mutuamente. Peter Hall (1984), en su análisis de las grandes ciudades, propone un modelo de cinco etapas en la evolución de las poblaciones urbanas. La primera se sostendría en la migración de poblaciones rurales a las ciudades primadas donde se desarrolla el grueso de las actividades industriales de la nación. La difusión de la industrialización a otras regiones y la consiguiente formación de ciudades secundarias atractivas a la migración, sería el segundo escalón del proceso. En una tercera etapa el crecimiento suburbano se dispara y rebasa el de las ciudades centrales. Estas últimas, en un cuarto momento, empiezan a decaer mientras las áreas suburbanas continúan creciendo; el grado de primacía declina en tanto que las ciudades secundarias incrementan su atractivo a la industria y a la migración. Finalmente, en una quinta etapa, que constituiría el fin del ciclo de la vida urbana, tanto la ciudad central como la periferia inmediata pierden población en favor de las ciudades secundarias y las áreas no metropolitanas.

Sin el carácter secuencial que señala Hall, Néstor García Canclini (1998) ha ofrecido recientemente una propuesta de comprensión de la Ciudad de México a partir del tejido de cuatro ciudades que se combinan y superponen sin anularse mutuamente. Éstas son la ciudad histórica-territorial, la metrópolis industrial, la ciudad comunicacional o global y la ciudad de la hibridación multicultural y de la democratización. Todas corresponden a etapas históricas diferentes del desarrollo de la gran metrópolis y a modos distintos de su inserción en mercados y redes comunicacionales y culturales del país y del mundo, pero que, a pesar de ello, coexisten y compiten en las interacciones actuales de la capital.



La multiplicidad de la vida urbana actual impone para el analista de la cultura el punto de partida de la complejidad tanto de experiencias y vivencias reunidas alrededor de las metrópolis, como de la existencia de objetivos distintos de política urbana según cada tipo de ciudad a que nos refiramos. La revaloración de la ciudad central polivalente y modernizada, la construcción ciudadana del continuo urbano por medio del liderazgo de una institución representativa tanto de la periferia, como de la ciudad central como lo podría ser una junta de coordinación metropolitana, la definición de un proyecto estratégico conjunto de una gran región y la superación de la fragmentación social y funcional de las ciudades mundiales, son cuatro claves para garantizar el desarrollo de los sistemas urbanos modernos.

El mundo urbano latinoamericano, por su parte, es un horizonte sostenido por grandes ciudades con influencia regional, nacional y mundial. Tal vez la contradicción cultural actual más notable la represente la mezcla de los múltiples referentes territoriales y temporales que conviven en las grandes ciudades. En el nivel territorial ésta se expresa en la confrontación entre lo local y lo mundial. Por lo que toca al ámbito temporal, éste hace referencia a la simultaneidad de múltiples referentes culturales que invocan tradiciones y experiencias significativas muy diversas. En el apartado que sigue haré referencia particularmente a tres espacios de relación simbólica que me permiten tejer algunas hipótesis sobre el desarrollo cultural de la constelación urbana en la que vivimos.

CULTURA EN EL ESPACIO PÚBLICO

La dilución de las diferencias entre el espacio rural y urbano modernos ha vuelto más compleja la definición del posible contenido de la cultura urbana. Ésta es cada vez menos un factor derivado del territorio y de la densidad y más de las nuevas condiciones de la modernidad. Racionalidad, individualización, universalidad, emancipación, cambio, son todas éstas aspiraciones del ser moderno que paso a paso fueron definiendo el entorno del Iluminismo. Junto a estos valores aparecen nuevas relaciones sociales e instituciones a través de las cuales se ha conducido el proceso moderno: nación, Estado, ciudad, derecho, clase, arte, refieren uno a uno el contenido de lo que es el hombre racional, responsable de sí mismo, pero al mismo tiempo



aspirante a la emancipación individual y del conjunto de la sociedad humana. El reconocimiento de un interés público en la conducción del proceso social ha sido el eje de la reflexión de lo político, pero ha tenido innumerables ramificaciones en el campo de lo económico y lo cultural.

Quizá la transformación más notable en la reflexión sobre la dialéctica entre lo público y lo privado ha sido dada por la irrupción del mercado como la gran esfera de la vida social que abarca tanto las relaciones del *oikos* o el *domus*, como las de la *polis* o la *civitas*. En la radical separación entre lo económico y lo social que existió en el mundo antiguo y hasta los inicios de la modernidad, la distancia entre lo que era común y lo que era particular se encontraba marcada por la existencia de una economía local o doméstica ajena a las decisiones del Estado. La lucha radical por introducir las decisiones económicas individuales entre las responsabilidades del poder público debe a la generalización del mercado, especialmente a la conversión definitiva de la fuerza de trabajo en mercancía, su desenlace actual en que la competencia, por ejemplo, ha dejado de ser un asunto privado y es regulada tanto a escala nacional como en el ámbito mundial.

Al concluir la presente centuria las experiencias comunistas y fascistas nos han llevado a una nueva reflexión sobre el significado de lo colectivo y de lo individual y de las confusiones y las ambigüedades de que se ha revestido. El intento por controlar al mercado absolutizó radicalmente la vida social en el sentido de hacer de la existencia colectiva una experiencia totalmente pública negando cualquier vestigio de individualidad o privacidad. Y en la borrachera neoliberal de los años ochenta el proceso contrario condujo a un retroceso de lo público y de las responsabilidades del Estado en la conducción de la dimensión pública de lo económico.

Hoy la imprecisión y la ambigüedad entre los dos órdenes parece ser el sello de la vida social. Las fronteras entre estas nociones se han hecho borrosas e impenetrables. Lo público se ha identificado inmediatamente con lo político y lo privado con la sociedad. Pero estas fronteras son ilusorias. Aún en la versión de lo público como aquello notorio y expuesto a la observación de los demás, se descubre en el consumo la dimensión pública de lo económico del mismo modo como en una sociedad de masas las opiniones individuales con facilidad se transforman, gracias a los medios, en opinión pública.



Si para el mundo antiguo la posibilidad de acceder a la esfera de lo social o de la *polis* marcaba la diferencia entre los miembros de una comunidad, en el mundo moderno la intervención y el juego de contradicciones entre lo público y lo privado —dominio de fronteras difusas— constituye una marca civilizatoria que a la larga permite establecer la frontera entre los que participan y los que no, entre los que intentan ejercer la vida colectiva como un acto cívico y los que pretenden hacer de ella, a veces con la intervención negativa de los poderes públicos, un ejercicio de supervivencia y de mera adaptación recostada en lo individual y lo privado.

La vida urbana como espacio privilegiado de la modernidad es escenario entonces de una mutación civilizatoria a nivel planetario en donde se pone en tensión el ejercicio de una nueva civilidad que intenta expresarse en el diseño, planeación, ejecución y crítica de las políticas públicas para garantizar a través de ellas un orden social satisfactorio para un determinado conglomerado humano, enfrentado en la actualidad por hacer coherente el orden local, nacional y mundial en la existencia concreta de los individuos.

¿Hasta dónde las transformaciones de lo público están conduciendo a una transformación del habitar urbano? Varios debates actuales sobre la conformación de las relaciones simbólicas en las grandes ciudades nos invitan a la reflexión.

*LA REDUCCIÓN DE LA EXPERIENCIA URBANA
A LA REPRODUCCIÓN DE ENTORNOS SEGREGADOS*

A principios de los noventa Mike Davis describió en uno de los capítulos de su libro *City of Quartz* un conflicto que alguien podría decir que sólo ocurre en Los Ángeles. Una concejal estuvo bajo sitio por un grupo de vecinos que se consideraban víctimas de un atropello ejercido contra ellos en su suburbio. Con llamadas telefónicas, mítines escandalosos y presiones a la puerta de su oficina se dirigían a la concejal denunciando su indiferencia y frialdad. Sin embargo, lo aparatoso de la movilización parecía no concordar con la causa real del conflicto. Lo que levantó las iras de los vecinos era que la fría concejal había impedido una modificación en la denominación y límites de la urbanización en la que hasta entonces habían vivido. Con ironía Davis comenta que con esto la concejal olvidó tres cosas sobre las



familias de los suburbios angelinos: que los residentes de Los Ángeles aman a sus hijos pero aman más el valor de sus propiedades; que *comunidad* en Los Ángeles significa homogeneidad de clase, raza y sobre todo del valor de sus propiedades; y que el más poderoso “movimiento social” en el Sur de California actual consiste en la defensa que los residentes hacen del valor de sus propiedades y de la exclusividad de sus suburbios (153ss).

Las políticas de exclusión y de mantenimiento de la homogeneidad de la vida en los suburbios angelinos no eran para Davis sino una de las expresiones más exacerbadas de lo que una ciudad capitalista puede llegar a ser, pero la esencia de la vida en los suburbios americanos ha sido desde mediados del siglo pasado la construcción artificial de una homogeneidad que permite la identificación en el consumo para crear la sensación de una sociabilidad igualitaria y personal. En el caso que cita Davis, la solicitud de una asociación de residentes del cambio de nombre de su urbanización se debía a que la antigua circunscripción se estaba “tugurizando” de modo que sólo la segregación podía respaldar la revaloración de sus propiedades, remarcando al mismo tiempo su propia homogeneidad interna y su diferenciación del ambiente social de la zona vecina.

Reconstruir en este momento la historia de la suburbanización americana es imposible, pero al menos es conveniente tener a la vista que ella consiste en la explicación más generalmente aceptada del proceso de su expansión.⁴ La importancia del suburbio en los Estados Unidos ha sido tal que se ha constituido en la piedra angular de la

⁴ La bibliografía sobre el tema es inmensa. Como resultado de mi búsqueda personal puedo sugerir la lectura de Benjamin Chinitz, quien presenta un estudio detallado del crecimiento de la economía metropolitana en su *City and Suburb*, donde muestra la interdependencia de metrópolis y suburbios en su desarrollo económico. La reflexión de los últimos años, sin embargo, ha tendido a ver la emancipación económica de los suburbios como una importante variable a considerar. Rothblatt y Garr, por ejemplo, consideran el suburbio como una expresión de la descentralización de población y de las actividades económicas en los Estados Unidos, aunque no logran clarificar con precisión si esto es fruto de la planificación, como algunos observadores sostienen, o de la fuerza de las tendencias del mercado como otros dicen. La insistencia actual en la descentralización es constante en el urbanismo americano. Peter Muller (1981: 6), por ejemplo, dice que la misma noción de suburbio es ya inoperante, pues no se trata más de unidades subordinadas a la urbe, como el término puede indicar, sino del principal resultado de una intensa desconcentración intrametropolitana de la actividad económica que tuvo lugar a partir de los años sesenta, y de la reconversión industrial norteamericana ocurrida en los años ochenta en la que los suburbios se vieron involucrados en la reconstrucción del nuevo sector exportador (Stanback, 1991: 5).



ideología de la planeación metropolitana (Rothblatt y Garr, 1986: 2) y de otras ciudades en el mundo, aunque al mismo tiempo ha sido muy criticado dentro y fuera del contexto americano, sobre todo por sus implicaciones simbólicas o ideológicas.

En efecto, el suburbio americano en su origen fue una alternativa elitista para dar la espalda a los males de la ciudad, de ahí que en la literatura americana no goce de simpatía entre los intelectuales. Las sátiras son muy numerosas, pero se podrían resumir en una sola idea: el suburbio condensa la más amplia descripción de la sociedad de masas americana expresada en sus tradicionales barbacoas dominigueras, la segregación escolar, los clubes de golf, clases medias ociosas y consumistas, deudas e hipotecas y los clásicos valores de los blancos anglosajones protestantes... Y los científicos sociales en parte han contribuido a la creación de este mito suburbano. La idea predominante es que el suburbio es un espacio de confrontación de valores. Algunos autores le vieron como una fuerza divisoria en la vida americana en la que la innovación normalmente atribuida a la vida urbana era reducida al conformismo de la placidez de los suburbios. Otros han tendido a verlo como un espacio problemático de interacción de un nuevo modo de vida con viejas instituciones como la familia, la iglesia y la escuela. Antropólogos y sociólogos han buscado apreciar la relación entre el nuevo espacio como variable ecológica y los valores de la vida social americana. Las relaciones de vecindad, el conservadurismo político, nuevas contradicciones de la vida familiar promovidas por un padre permanentemente ausente y una madre muerta de aburrimiento, son algunos de los señalamientos que autores como Ganz, Elias y Fischer han tratado de poner de manifiesto desde la primera mitad de este siglo veinte.

He traído a colación los suburbios americanos pese a que la situación de las ciudades latinoamericanas dista mucho de parecerse al suburbanismo americano, pero es posible destacar al menos dos tendencias semejantes. La primera es la de la segregación, perfectamente visible en el territorio de nuestras ciudades. La segunda es que este proceso está asociado a la inhibición de la vida pública en favor del individualismo y la privatización. Veamos algunos datos de estas dos tendencias.

En la Ciudad de México, a ambos lados de la carretera a Querétaro, al norte de la ciudad, importantes desarrollos han continuado la experiencia iniciada a fines de los años cincuenta en *Ciudad Satélite*.



Los municipios metropolitanos de la zona aprobaron, entre 1960 y 1977, la puesta en venta de 292,500 lotes o viviendas en 190 fraccionamientos, el triple de los que en un periodo de treinta cinco años se habían autorizado en el Distrito Federal. Pese a que estos desarrollos habitacionales sólo representaron el 10 por ciento de la vivienda construida en la zona metropolitana, absorbieron más de un tercio del crecimiento de área urbana que se produjo entre 1970 y 1977 (Schteingart, 1988 y 1991).

Las presiones por el mantenimiento de la segregación de los espacios suburbanos se han trasladado al conjunto metropolitano y su muestra más notable ha sido la transformación rápida de los diseños arquitectónicos. Los centros comerciales que en México nacieron imitando los antiguos barrios de negocios, se convirtieron con el paso del tiempo en zonas de arquitectura rígida, montada sobre la idea de la imposición de controles de acceso, el favorecimiento de la vigilancia y la rápida acción del personal de seguridad. Las grandes ciudades han emprendido una cruzada en favor de la seguridad que ha terminado por destruir la accesibilidad a los espacios públicos. Conjuntos habitacionales, zonas residenciales, barrios y plazas, zonas que antiguamente eran de acceso libre y para la convivencia de distintos sectores sociales se han visto cada vez más reducidos. El resultado ha sido la constitución de *fortalezas* en Los Ángeles (Davis) o *enclaves fortificados* o *amurallados* en Sao Paulo (Caldeira). Una verdadera privatización del dominio arquitectónico público se encubre con el pretexto de la seguridad, pero el resultado ha sido el declive del liberalismo urbano. Con el argumento de la seguridad, la ciudad de Caracas ha cercado sus principales jardines públicos imponiendo el pago de una pequeña tarifa para el servicio de vigilancia. Las clases medias ven con simpatía la medida porque así al menos cuentan con un espacio relativamente seguro para hacer ejercicio o simplemente pasear, aunque el costo ha sido la muerte del espacio público. Mike Davis llama a esto la muerte de la visión olmstediana del espacio público para referirse al proyecto impulsado por el padre del Central Park, Frederick Olmsted, quien el siglo pasado concibió paisajes y parques públicos como válvulas de seguridad social que mezclaban clases y etnias en recreaciones comunes.

En un trabajo reciente en el que he analizado las periferias de la Ciudad de México encontré (en este afán segregatorio de la ciudad de ciertas urbanizaciones de la Ciudad de México), la construcción



de un modo diferente de llevar a cabo la gestión urbana consistente en la primacía de la acción gerencial sobre la acción ciudadana, convirtiéndose definitivamente en algo privado y mercantil la conducción de la vida pública en la ciudad (Nivón, 1998).

Sin embargo, sólo la recuperación y el fortalecimiento del sentido de lo público nos permiten pensar en el futuro de la ciudad, pues lo que la gente demanda de ésta, sobre todo los jóvenes, no son sólo funciones o comodidades, sino una ciudad viva y animada, una ciudad de luz, de variedad y encuentro, con lugares significativos que le hagan posible encontrarse con otras personas en lugar de una ciudad de espacios y funciones, mera aglomeración de casas y edificios, cuyo único espacio público sea exclusivamente el mercado. Las ciudades centrales europeas han desarrollado un profundo trabajo de regeneración de sus zonas centrales, cuya clave ha sido, más que el diseño y la inversión pública, la recuperación del espacio para el uso común enfrentando de cierto modo el proceso de privatización.⁵

EL MULTICULTURALISMO COMO EXPRESIÓN DE LA CULTURA URBANA MODERNA

No hay una cultura homogénea en la ciudad, sino una participación diferenciada de la cultura urbana. Pero ¿cómo manejar esta condición que supone diferenciación en un mundo unificado por la cultura urbana? Por multiculturalismo se ha entendido la convivencia en un mismo espacio de grupos con distintas procedencias y comportamientos culturales. En los Estados Unidos y Europa (ver Goldberg, 1994 y Lamo, 1995) ha estado marcada por el acrecentamiento de la convivencia étnica, consecuencia de la migración, sobre todo en los países industrializados; sin embargo esta expresión no es exclusiva y tal vez ni siquiera dominante en los países desarrollados. Borja y Castells (1997: 113 y ss) han mostrado cómo casi la mitad de los 80 millones de internacionales que hay en el mundo están en el África Subsaha-

⁵ Un comentario en este sentido es el de Giandomenico Amendola, quien hace algunas observaciones para distinguir las ciudades europeas de las americanas utilizando precisamente la importancia otorgada al espacio público. El actual ayuntamiento de la ciudad de Santa Fé de Bogotá (1997-2000) arribó al gobierno de la ciudad con un programa de cultura ciudadana y recuperación de espacios públicos, que contrasta con la impresión de que la violencia debe contrarrestarse con encierro y segregación.



riana y en Asia, y que la inmigración en los países desarrollados ha disminuido en los últimos años. Más que un problema económico o laboral, la inmigración representa para los países desarrollados un reto cultural. Si las tasas de inmigración han bajado, el peso demográfico de los descendientes de los antiguos inmigrantes ha aumentado, y con ello su influencia cultural y sus demandas de respeto y libre desarrollo de sus tradiciones étnicas.

Pero si la convivencia de varias culturas es un rasgo de las metrópolis modernas, ésta no siempre ha resultado en formas democráticas de interrelación. Un multiculturalismo autoritario propuso, como en México, la dilución de los diferentes grupos culturales en uno solo, producto del mestizaje, o bien —como es el caso de los Estados Unidos o en forma extrema el de la Sudáfrica del apartheid⁶— una *prudente* delimitación de los espacios en que cada uno de los grupos que componen la sociedad se desarrollen por separado de los demás. Los medios masivos, por su parte, han promovido un multiculturalismo *ligero* basado en el intercambio de valores musicales, gastronómicos, de moda, etcétera, mas no en el diálogo creativo entre culturas. Por último, han sido muchas y variadas las luchas que han conducido en la actualidad a un multiculturalismo como proyecto político del reconocimiento, al modo en que lo propone Taylor (1992), el cual no sólo ve posible, sino deseable, el desarrollo y la conservación de la adhesión a identidades culturales de los diferentes grupos que participan en un mismo espacio social, y no su sustitución por las del contexto social de recepción.

Las expresiones actuales de multiculturalismo en los países industrializados tienen ante sí la experiencia cultural basada en la etnicidad y la territorialidad que hace de la diferencia cultural algo cotidiano que se expresa en los distintos niveles de ingreso, educación, consumo, acceso al empleo, la procuración de justicia, la asimilación de inmigrantes y más, es decir, en políticas de convivencia y exclusión. Es por ello que la discusión sobre multiculturalismo, más que un trasfondo académico tiene uno político: el de resolver la forma en que grupos desiguales se doten de instrumentos que les equiparen con los demás. De aquí que se hayan producido instrumentos como el de *acción afirmativa* o la *corrección política*, sobretudo en los países anglosajones,

⁶ Resulta por demás indicativo para el tema que estamos tratando que la legalización de esta política en Sudáfrica se hiciera por medio una ley de *Áreas Urbanas* aprobada en 1923.



para que con una discriminación positiva o un cuidadoso uso del lenguaje se promueva lo que se piensa que es una respetuosa convivencia intercultural. La importancia alcanzada por este tema hace ver el importante perfil que han alcanzado las guerras culturales en las sociedades modernas: feminismo, movimientos gay, étnicos, indígenas, raciales, entre otros, han ocupado el espacio de las reivindicaciones de clase del mundo postindustrial, mostrando una nueva estructuración de lo social, más cercano al fraccionamiento local o sectorial que a un proyecto nacional.

¿Cómo se expresa la multiculturalidad en las sociedades no desarrolladas? México, como tantos otros países pobres, más que receptor de migrantes es exportador de población, y las etnias, lejos de colocarse ante los grupos mayoritarios como sujetos de derechos culturales, con frecuencia se subordinan, no sin razones de orden práctico, a las políticas dominantes. Más aún, cuando hablamos de los derechos de las etnias pensamos con más frecuencia en los derechos que tienen *allá*, en sus lugares de origen, que en un marco de mutua relación cotidiana con la etnia dominante. Sin embargo, frente a la pobreza de nuestra multiculturalidad tradicional, ha brotado otra experiencia multicultural —como lo ha puesto de manifiesto García Canclini en sus ensayos reunidos en *Consumidores y ciudadanos*— por la convivencia en el espacio de distintas formas de acceder a la cultura masiva y por las referencias a distintas temporalidades en la estructuración de la vida social. Grupos culturales con tradiciones étnicas profundas conviven y usan los mensajes de los medios producidos en su mayoría en un contexto externo a nuestro medio cultural de referencia. La cultura masiva moderna no sólo ha alejado al productor y al consumidor de la cultura como resultado de la especialización del campo cultural, sino que ha transferido la producción de bienes culturales a reducidos polos tecnológicos que la devuelven como imágenes estandarizadas escasamente relacionadas con el contexto local. Las contradicciones de nuestra temporalidad se manifiestan constantemente: la urbanización de nuestra ciudad supuso un rápido tránsito de una ciudad de escala humana fácilmente recorrible a pie a la pérdida total de su comprensión como totalidad. Ángel Mercado ha llamado a este súbito cambio de percepción el paso de una ciudad del siglo XIX a una del siglo XXI sin pasar por una ciudad del siglo XX. Escalante (1992) nos refiere —para el siglo XIX, aunque podemos extender en parte sus



conclusiones a la actualidad—ciudadanos imaginados por un pensamiento liberal desarrollado en una sociedad carente de individuos. Los especialistas en comunicación se preocupan por el paso de una sociedad de cultura oral a otra de cultura mediática-visual sin haber transitado por la generalización de la escritura; García Canclini nos habla de la convivencia de ciudadanos del siglo XVIII con consumidores del siglo XXI...

En esto reside el cambio de perspectiva entre la apreciación de lo multicultural en nuestro medio y el de los países desarrollados. En estos últimos su discusión, además de traducirse inmediatamente al campo de lo político, se halla circunscrita a un encuadre étnico y territorial que ha desdibujado el sentido de lo nacional; de ahí que hayan surgido referencias a ciudadanías culturales afincadas en la proximidad. En nuestro medio, lo múltiple cultural no deja de estar referido al marco nacional, por lo que el componente estatal o simplemente del poder político es el crisol sobre el cual se vierten los diferentes sistemas culturales para adquirir forma y sentido. De aquí la importancia de mirar la multiculturalidad en las metrópolis, pues en éstas se nos brinda una posibilidad muy clara de observar su despliegue y sus conexiones con un entorno mayor.

Diversas discusiones internacionales han señalado que el sustento más efectivo de una política multicultural emana de una sociedad genuinamente democrática. ¿Por qué si el mundo es evidentemente multicultural, el debate sobre esa política ocasiona con frecuencia comentarios encontrados?

Hace dos años Slavoj Žižek publicó en *New Left Review* un ensayo titulado *El multiculturalismo o la lógica cultural del capitalismo multinacional*, con el que indirectamente hacía un homenaje al célebre ensayo de Fredrick Jameson titulado *El postmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío*. En su trabajo Žižek enfrenta el problema clásico varias veces analizado por los teóricos de la modernidad: ¿si la Ilustración es fuente de emancipación humana y de construcción de una universalidad plena, es posible mantener las anteriores adhesiones y aún así mantenerse afín al credo secular de la modernidad?⁷ Žižek parece negar la posibilidad de tal malabarismo y denuncia la tensión:

⁷ Tomo el planteamiento de Gellner, quien a su vez lo retoma de la experiencia personal de Hannah Arendt.



...entre dos modos de la “universalidad concreta”, tensión que hoy parece más crucial. Es decir la universalidad “real” de la globalización actual (a través del mercado global) supone su propia ficción hegemónica (o incluso ideal) de la tolerancia multiculturalista, respeto y protección de los derechos humanos, democracia y otros valores por el estilo; supone también la propia “universalidad concreta” pseudohegeliana de un orden mundial cuyos rasgos universales —el mercado mundial, los derechos humanos y la democracia— permiten que florezcan diversos “estilos de vida” en su particularidad. Por lo tanto, inevitablemente surge una tensión entre esta posmoderna “universalidad concreta” post-Estado-nación y la “anterior universalidad concreta” del Estado-nación (Zizek, 1998: 164 y ss).

La preocupación de Zizek se fundamenta en que el ideal hegeliano de transformar la identificación primera o local en identificación secundaria o universal —referida, en el caso de Hegel, al ámbito del Estado nacional— ha entrado en crisis en las sociedades posmodernas, principalmente en los Estados Unidos. Es aquí donde la base de la identificación general se sostiene en la identificación primaria: la fidelidad prioritaria es hacia la propia etnia y no a una imagen general de lo americano. Se comprende entonces el temor de Zizek: el multiculturalismo es la expresión de una ruptura con una ciudadanía universal y esto se engarza con las expresiones más excluyentes de las derechas intolerantes que prefieren insistir en las exclusiones locales.

Sin embargo, ésta es sólo una de las salidas al debate del multiculturalismo actual. Al reflexionar sobre la Ilustración, Gellner se pregunta si sus implicaciones podrían ser aplicadas de manera universal. El ejemplo que toma es la diferente apreciación de judíos y gentiles del universalismo iluminista. Gellner plantea el dilema en cuanto a si la adopción del saber iluminista —universal e igualitario— debía llevar a rechazar los viejos credos comunitarios. La respuesta afirmativa para el gentil no era un mero problema intelectual para el judío, pues ello suponía renegar del grupo étnico-religioso en el que se había socializado. No comprender estas dos situaciones ha llevado a los desplantes autoritarios de los nacionalismos y a obscurecer las tensiones de las modernas sociedades multiculturales. No basta con reconocer la igualdad y los aportes culturales de todas las culturas. Hay que mirar el encuadre de cada una de ellas, su situación dominante o subordinada, mayoritaria o minoritaria para proponer las políticas públicas adecuadas a su desarrollo en la multiculturalidad.



En el dilema al que me referí al inicio de esta reflexión, Gellner diferencia las situaciones de los miembros de comunidades mayoritarias o minoritarias y la dificultad de estas últimas para mantener sus identidades primarias cuando hacerlo significa mantener el gueto y la marginación (Gellner ha citado el caso de los judíos a principios de siglo en la ciudad de Königsberg). En tal sentido anteponer las diferencias a la universalidad de la ciudadanía puede ser un instrumento que imposibilite la plena construcción de una comunidad democrática, pero de ningún modo interfiere con la plena legitimidad de las demandas de la multiculturalidad expresadas en políticas públicas de educación, cultura y desarrollo social.

*LA REPRESENTACIÓN DE LA CIUDADANÍA
EN EL MODERNO ESPACIO URBANO*

La reflexión sobre la multiculturalidad sirve entonces para hacer entrar en diálogo la tensión permanente de la cultura moderna. Si el multiculturalismo como política democrática apela al respeto y valoración de la diferencia y la reivindicación de las identidades primarias o locales, esto sólo tiene sentido si lo hacemos dialogar con el universalismo de la ciudadanía y sus valores de libertad y emancipación colectiva.

Gestionar la ciudadanía en el moderno espacio público impulsa entonces a reflexionar sobre los condicionantes de la aparición del sentido de una identidad universal —así sea limitada por el Estado— en un marco de fuerte segmentación y debilitamiento del espacio público. ¿Cómo reconocer el papel del Estado y la dignidad de los ciudadanos cuando existen cada vez mayores presiones para reducir lo público? ¿Es posible que la ciudad neoliberal favorezca la producción de representaciones ciudadanas a un tiempo orgullosas de sus identidades particulares, pero también dispuestas a abrirse al diálogo con ciudadanos diferentes pero con derechos similares?

Tres áreas de reflexión sobre las relaciones ciudadanas permitirían cerrar las reflexiones sobre la cultura urbana en el contexto urbano actual. La primera es la ya mencionada dificultad para producir relaciones ciudadanas en un espacio de fragmentación y privatización. La metrópolis moderna ha sido un espacio de gran transformación



en los últimos años. Tal vez el cambio estructural más notable ha sido la pérdida paulatina de sus funciones industriales para transformarse en un espacio orientado a los servicios altamente especializados de influencia local, nacional y mundial. El eje que había organizado el habitar urbano y suburbano centrado en el taller industrial ha cedido su paso a micro y pequeñas empresas que combinan el trabajo formal e informal con empleos inestables y de baja remuneración. Las zonas industriales han empezado a convertirse en espacios que resultan poco funcionales para la metrópolis. Son altamente especializados, además de que resultan antieconómicos por sus gastos de agua y alta contaminación. Como ha demostrado Raúl Nieto en sus investigaciones sobre la representación de la ciudad, el trabajo industrial ha dejado de ser un referente prioritario en el reconocimiento de la urbe, pero no ha logrado ser sustituido por otra imagen que llene de sentido un accionar colectivo más allá del consumo y de los derechos del consumidor. La fragmentación y la pérdida de la centralidad de la clase obrera cierran las posibilidades de la construcción de fuertes imágenes de identidad que terminan por cerrar el ciclo del deterioro del espacio público.

La segunda reflexión es la dificultad para producir un imaginario ciudadano en un espacio metropolitano sin gobierno unificador. Los habitantes periféricos miran la ciudad central pero no se identifican con ella. La posibilidad de que la ciudad-metrópolis integre a sus habitantes en un marco de responsabilidad ciudadana se agota en la fragmentación de los poderes locales y en la existencia de formas clientelares de gestión de las necesidades colectivas que contradicen las aspiraciones de una ciudadanía plena. El cinturón de miseria que rodea a la ciudad puede terminar ahorcándola si no supera la escisión y desintegración metropolitana y, sobre todo, si no hay instrumentos para dotar de coherencia regional el desarrollo metropolitano.

Finalmente está la dificultad que supone la imposibilidad de acceso de gran parte de los habitantes metropolitanos de ésta y de otras grandes ciudades para ingresar al espacio de la globalización. Mientras la sociedad y el Estado no trabajen por superar la creciente marginación de los bienes simbólicos de referencia global, la mundialización será un padecimiento y no una oportunidad de acceder a la plena universalización de la cultura.



CONCLUSIONES

He pasado revista al despliegue en el mismo territorio de varios tipos de ciudades con referentes culturales e históricos distintos. En seguida he tratado de proponer que en el desarrollo metropolitano moderno se extiende una contradicción permanente entre un proceso dominado por los intereses privados y las permanentes tensiones por mantener el sentido de lo público en un mundo de creciente individualización. Esto me ha conducido a pensar que no hay una solución universal en la disposición cultural de las grandes ciudades, sino que en todo caso debe ser más bien una permanente reflexión sobre el desarrollo de la multiculturalidad democrática que sea el fruto de las conexiones urbanas.

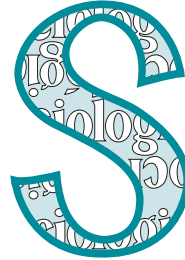
Ha surgido recientemente la idea de analizar el entorno mundial a partir de las categorías de Estado premoderno, moderno y posmoderno. Estos últimos estados son aquéllos que han dejado de poner por encima de todo la noción de soberanía y han preferido confluir en un orden superior, en vez de en un desorden inferior. Su interés nacional lo definen por el proceso político de la democracia y no por intereses permanentes e inmutables. Junto a los estados modernos tradicionales, centrados en su percepción de intereses soberanos gestionados por el gobierno de la nación, hay también estados premodernos en formación o ruptura donde en ocasiones se hacen elecciones enfrentadas rípidamente con el caos.⁸

El análisis cultural de las ciudades depende en cierta manera de la forma como se encuentra organizado el espacio público; de sus tendencias y contradicciones y de las amenazas que se ciernen sobre él. Las contradicciones del espacio público latinoamericano, sujeto a las tensiones de una fuerte tradición estatista y una rapaz privatización, han terminado por producir ciudades amuralladas, escindidas, fragmentadas, pero al mismo tiempo importantes referentes locales y nacionales de la acción reivindicativa de los movimientos sociales y de las aspiraciones de libertad y bienestar de gran parte de la población.

⁸ La clasificación ha sido propuesta por el diplomático inglés Robert Cupper. Ver Andrés Ortega, "Posmoderno, moderno y premoderno", en *El País*, 19 de mayo de 1997.



¿Conspira la modernidad actual contra el desarrollo de lo público? La respuesta a esta cuestión nos dará la clave para hablar de si el urbanismo como expresión más acabada de la discusión de los asuntos colectivos va a ser relegado por un posurbanismo individualista y fragmentado. Este parece ser el dilema a que nos pueden conducir las actuales tensiones de la cultura urbana.



BIBLIOGRAFÍA

- Amendola, Giandomenico
 1995 "Public Space and City Regeneration", en *Culture and neighbourhoods*, vol. 1, Council of Europe, Estrasburgo.
- Aschton, Patrick J.
 1984 "Urbanization and the Dynamics of Suburban Development Under Capitalism", en William K. Tabb y Larry Sawers, *Marxism and the Metropolis. New Perspectives in Urban Political Economy*, Oxford University Press, Nueva York/Oxford (2a. edición).
- Borja Jordi y Manuel Castells
 1997 *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*, UNCHS/Taurus, Madrid.
- Caldeira, Teresa
 1996 "Fortified Enclaves: The New Urban Segregation", en *Public Culture*, The University of Chicago, pp. 303-328.
- Chinitz, Benjamin, ed.
 1964 *City and Suburb: The Economics of Metropolitan Growth*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, N.J.
- Davis, Mike
 1992 *City of Quartz. Excavating the Future in Los Angeles*, Vintage, Nueva York.
- Delgado, Javier
 1998 *Ciudad-región y transporte en el México central. Un largo camino de rupturas y continuidades*, Universidad Nacional Autónoma de México/Plaza y Valdés, México.
- Elias, C.E., James Gillies y Svend Riemer
 1965 *Metropolis: Values in Conflict*, Wadsworth Publishing, Belmont, Ca.
- Escalante Gonzalbo, Fernando
 1992 *Ciudadanos imaginarios*, El Colegio de México, México.
- Fischer, Claude
 1976 *The Urban Experience*, Harcour Brace Jovanovich, Nueva York.
- Gans, Herbert J.
 1971 "Urbanism and Suburbanism as a Way of Life", en Arnold M. Rose, ed., *Human Behavior and Social Processes*, Routledge y Kegan Paul, Londres.
- García B. María Luisa y Juan Jorge Rodríguez B.
 1995 "Dinámica metropolitana de Guadalajara y localización industrial", en José Luis Calva, coord., *Desarrollo regional y urbano. Tendencias y alternativas*, tomo II, Universidad de Guadalajara/Universidad Nacional Autónoma de México/Juan Pablos, México, pp. 98-115.

- García Canclini, Néstor
1995 *Consumidores y ciudadanos*, Grijalbo, México.
1998 "Las cuatro ciudades de México", en *Cultura y comunicación en la ciudad de México*, tomo 1, Grijalbo/Universidad Autónoma Metropolitana, México, pp. 19-39.
- Gellner, Ernest
1989 *Cultura, identidad y política. El nacionalismo y los nuevos cambios sociales*, Gedisa, Barcelona.
- Goldberg, David Theo
1994 "Introduction: Multicultural Conditions", en David Theo Goldberg, ed., *Multiculturalism. A critical reader*, Blackwell, Oxford, pp. 1-41.
- Hall, Peter
1984 *The World Cities*, Weidenfeld & Nicolson, Londres.
- Hannerz, Ulf
1996 *Conexiones transnacionales*, Frónesis, Valencia.
- Kearny, Michael
1995 "The Local and the Global: The Anthropology of Globalization and Transnationalism", en *Annual Review of Anthropology*, núm. 24, pp. 547-565.
- Lamo de Espinosa, Emilio
1995 "Fronteras culturales" en Emilio Lamo de Espinosa, ed., *Culturas, estados, ciudadanos. Una aproximación al multiculturalismo en Europa*, Alianza, Madrid.
- Lomnitz, Claudio
1999 "Introducción al estudio de zonas de contacto y de fronteras culturales" en Neptalí Monterroso y Geofredo Uirel, coords., *Turismo y cultura*, Universidad Autónoma del Estado de México, México.
- Mollenkopf, John H. y Manuel Castells
1991 *Dual City. Restructuring New York*, Russel Sage, Nueva York.
- Monnet, Jérôme
1995 *Usos e imágenes del centro histórico de la ciudad de México*, México, Instituto Francés para América Latina/Departamento del Distrito Federal.
- Muller, Peter O.
1981 *Contemporary Suburban America*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, N.J.
- Nivón, Eduardo
1998 *Mirar la ciudad desde la periferia*, tesis de doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Rothblatt, Donald N. y Daniel J. Garr
1986 *Suburbia. An international Assessment*, Cromm Helm, Londres.

- Santos, Milton
1996 *De la totalidad al lugar*, Oikos-tau, Barcelona.
- Schteingart, Martha
1988 "Mexico City", en Dogan & Kasarda *The Metropolis Era*, vol. II, Sage, Newbury Park, Beverly Hills, Londres, Nueva Delhi, pp. 268-293.
1991 "Producción habitacional de la zona metropolitana de la Ciudad de México (1960-1987)", en M. Schteingart, *Espacio y vivienda en la ciudad de México*, El Colegio de México/Asamblea de Representantes, México, pp. 225-250.
- Serrano Moreno, Jorge R., coord.
1996 *De frente a la ciudad de México*, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias-Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Stanback Jr., Thomas M.
1991 *The New Suburbanization Challenge to the Central City*, Westview Press, Boulder, San Francisco, Oxford.
- Taylor, Charles
1992 *El multiculturalismo y "La política del reconocimiento"*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Ward, Peter
1993 "The Latin American inner city: differences of degree or of kind?", en *Environment and Planning, A*, 25, pp. 1131-1160.
- Zizek Slavoj
1998 "Multiculturalismo o la lógica cultural del capitalismo multinacional", en F. Jameson y S. Zizek *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*, Paidós, Buenos Aires.